
UN PENSAMIENTO QUE CUESTA o el combate de Marcel Légaut

Thérèse de Scott

1. «El pensamiento barato es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Actualmente, nuestro combate es en favor del pensamiento caro». He tomado prestada una expresión de Dietrich Bonhoeffer acerca de la “gracia” porque lo que él afirmó sobre ella, hace cincuenta años, me atrevo a aplicarlo actualmente, y sin demasiado riesgo de exageración, al “pensamiento” ⁽¹⁾. Especialmente para formular, de forma resumida, cuál fue la inquietud y el esfuerzo de M. Légaut, tanto en su vida como en su obra, inseparablemente.

2. Por eso es un autor y un pensamiento difícil, tanto para quien se le pone en contra como para quien se le adhiere. Poco conocido todavía por poco comprendido, Marcel Légaut requiere una lectura costosa, de calidad. Es preciso pagar el precio de lecturas muy atentas, que vuelvan a emprender el recorrido de su obra entera, y que se vuelvan a hacer a lo largo del tiempo. Valorar conversaciones y comunicaciones sobre temas en los que estaba trabajando. Para comprender de dónde parte, explorar a dónde van las pistas que él parece abrir. Es necesario estar dispuesto a leer en uno mismo. Dejar aflorar en sí mismo el rumor creciente y el eco de sus cuestiones. No protegerse de la llamada de esta vida entera, entregada a semejante obra...

(1) En *El precio de la gracia. El sermón de la montaña*, 1937.

Una lectura que no sea injusta y que sepa discernir tiene este precio. Por no haber sido preparados ni alentados, qué pocos son los verdaderos lectores de obras vivientes.

3. Al final, Légaut puede convertirse en un autor extraño e inquietante, al que, no obstante, se respeta por su itinerario “fuera de lo común” en la condición común. En cambio, este hombre “raro”, sobre todo para quien lo ha tratado en vida y ha recibido su gracia, puede llegar a ser fraternal, familiar. Sus libros, a menudo releídos, se convierten en fuente de energía para vivir y para pensar. La autoridad que entonces adquieren no procede del ámbito del saber. Lo que ayudan a desarrollar es la vida espiritual (que lo comprenda quien pueda).

4. No importa. El sentido exacto de lo que M. Légaut “quiere” hacer ver, se oculta durante mucho tiempo. Para muchos, el obstáculo se anuda alrededor de lo que es exterior a la obra misma: su manera de valorar la época y el medio en el que ésta se inscribe. Este siglo XX, tan en movimiento, convertido en caos, ¿será la era del vacío, del desencanto del mundo? Unida a él, la situación del cristianismo, ¿es hasta donde dice Légaut la de una crisis generalizada de los valores, de las costumbres, de la fe? ¿Emergen demandas espirituales postcristianas que no sean sino difusas? ¿Es verdad que estas demandas sólo encuentran ofertas demasiado escasas, o flojas, y disparatadas? Para M. Légaut, lo más doloroso era la mediocridad y el antiintelectualismo de un número demasiado alto de cristianos, analfabetos de su propia tradición religiosa...

5. Sin embargo, la exigencia de esfuerzo le surge al lector desde el interior mismo de la obra. Una fuerte coherencia orgánica se apoya sobre una búsqueda constante de honestidad intelectual que va a la par con maneras de decir rigurosas, matizadas, finas. Este autor es un apasionado, desde luego. Pero no un intransigente. Ama a su Iglesia, por la que sufre y a la que intenta servir.

“Si este libro es falso, lo es de manera irremediable (...). Debe ser rehusado enteramente, pues es coherente, no por sistematización intelectual, –escribía Légaut en 1970– sino porque refleja, con una exactitud suficiente, cómo su autor comprende el cristianismo a través de su propia experiencia.” (2)

6. “Comprender” a M. Légaut supone, evidentemente, que se perciban bien, ayudándose de conceptos que el autor privilegia, las intuiciones y los temas mayores que estructuran la unidad no sistemática de la obra. Pero lo primero, como él mismo nos advierte, es entrar en su caminar, que es tan riguroso que se puede tomar como un método. Sin abusar del “yo”, constantemente se trata de esa “su propia experiencia”, mencionada en la cita anterior. Y esto lo hace a título de una reivindicación moderna de libertad intelectual responsable –“atreverse a pensar por sí mismo”– y en nombre del principio de interpretación según el cual “lo universal se enraíza en lo singular”. En cuanto al discernimiento que protege del extravío, Légaut seguiría sus pistas, más bien, pero con moderación, según el criterio de “prueba y error” y de la verificación-confirmación a posteriori.

7. Tratándose de la lectura que M. Légaut cree poder hacer de una realidad tan compleja como es la del cristianismo, sobre todo el de Occidente, se requiere que el lector no ignore completamente aquello de lo que el autor va a tratar, y que esté dispuesto a comprender una manera diferente de reflexionar, sea consonante o no con la suya. Lo importante es descubrir los presupuestos del autor, señalar sus zonas de silencio y sus puntos de atención. La interpretación de esta historia extremadamente compleja, interpretación a la que se entrega Légaut, procede del sentimiento muy fuerte de la misión de la Iglesia y de la suya propia con relación a ella. Ése es el meollo.

(2) *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, pág. 17-18.

8. ¿Qué medio de investigación se forja para este objetivo? El instrumento que mejor responde a su máxima esperanza (“la conversión de los cristianos”) es una búsqueda “por esfuerzo de interioridad” que surja, al mismo tiempo, de la búsqueda intelectual y de la búsqueda espiritual ⁽³⁾. Pero ¿quién presta, a estos textos que describen su método, toda la atención que exigen?

9. Esta coherencia firme, incluso compacta, corre el riesgo de ocultar lo que está en juego, que es importante. So pena de error mayúsculo, el lector debe captar que este hombre se compromete por entero en este discurso, firme y finamente estructurado. “Este” hombre, no el hombre en general. Légaut habla como testigo de “su propia experiencia”, y como buscador, no como doctor. Su experiencia es la de una Tradición en la que hunde sus raíces y sobre la que tiene misión, según él, de pronunciarse. Este cristiano occidental, del siglo XX, se reconoce y se afirma hijo de la modernidad, antigua y reciente. Él ve qué bases de nuestras creencias han sido sacudidas por el avance fulgurante de las ciencias y de las técnicas. Pero su resplandor no le ciega en modo alguno. Este creyente no profesional reflexiona como espiritual sobre las relaciones –a menudo irreales, casi inexistentes cada vez más– que los cristianos mantienen con las doctrinas y con las instituciones de su Iglesia. Este pensador, al que algunos llaman “filósofo”, no lo es más que en calidad de artesano. Científico de gran clase, se orientó desde su juventud hacia la búsqueda religiosa, gracias a ciertos encuentros capitales. A mitad de su vida, esta búsqueda le desvió, por elección deliberada, de su carrera universitaria, y le orientó hacia la vida de campesino de montaña. Fue entonces y allí, cuando la obra se creó.

⁽³⁾ *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1994, cap. 3, y *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, París, 1975, págs 220-224 (ver en *Cuadernos de la diáspora* 4, 1995, págs. 36-42).

10. No insistiré sobre la sólida base humana de esta obra de pensamiento: las preparaciones, los encuentros y las amistades, las lecturas. Este estudio se hará algún día. Tampoco en el compromiso ni en la vida cotidiana de este hombre, pues ya lo he evocado anteriormente. Esta “autocultura” le hizo relegar a su justo lugar la erudición que ordinariamente se espera de un universitario. Él la sujetó para no quedar sujeto por ella ⁽⁴⁾. Por otra parte, las condiciones elementales y esenciales de la vida que había elegido le obligaban a ello.

11. Légaut sabía calibrar este monumento de conocimientos y de pensamiento religioso edificado a lo largo de veinte siglos de cristianismo y que pesa ahora sobre todos nosotros, creyentes de la modernidad. No todo era “desarrollo” en esa historia. Había períodos de grandes fermentaciones, junto a otros más tranquilos. Tiempos de latencia y de olvido, y también regresiones en la extraña expansión de la “galaxia Jesús”. M. Légaut “creía” en la Iglesia del futuro. Más bien la esperaba. Pero, a la de hoy, la juzgaba con un realismo pesimista en el que, sin embargo, rehusaba encerrarse ⁽⁵⁾.

12. Retengo, a partir de aquí, tres experiencias, intelectuales y espirituales a la vez, que me parece que M. Légaut hizo con gran intensidad y que han estructurado su obra. Descubro en ellas asuntos importantes. Puede que sean los mismos que él detectó como subyacentes a la mutación de la Iglesia. La figura precisa que tomaría esta mutación se le escapaba, claro está. Emergentes muy pronto, antes de que él llegase a ser el escritor que conocemos, sus mayores intuiciones se han alimentado de una lectura, meditada pero continuamente retomada, y fervien-

⁽⁴⁾ *Interioridad y compromiso*, Madrid, AML, 2000, p. 83-86.

⁽⁵⁾ Ver el prefacio de *Crear en la Iglesia del futuro* (Santader, 1988) y, sobre todo, *Un homme de foi et son Église*, París, Desclée de Brouwer, 1988.

te pero sin ingenuidades, de los Evangelios leídos en comunidad de fe. Estas tres experiencias han dado peso a semejante relectura.

13. La experiencia que él hace con ocasión de esta lectura de los Evangelios (iniciada de forma pietista, según reconocería después) es el descubrimiento precoz (antes de 1940) de la problemática y de los efectos de la exégesis científica de las Escrituras, y, al mismo tiempo, la conciencia del rechazo crispado del que esta exégesis fue objeto durante mucho tiempo por parte de la Iglesia católica. Constata el doble alejamiento que esta forma de exégesis pone de manifiesto entre una lectura dogmática de las Escrituras, por una parte, y, por otra, lo que debió ser la predicación apostólica. Y que tanto una como otra interpretan “teológicamente” –pero en grados diversos de teorización– lo que Jesús había vivido con los suyos, esa “epopeya espiritual” que les fue intensamente revelada después de su muerte, a través de lo que nuestra tradición cristiana llama “el acontecimiento pascual”. El otro alejamiento, esta vez considerable, es el que se ha abierto entre nuestro universo mental y el de los primeros tiempos apostólicos. Esta constatación no tiene nada de original hoy en día, después de un siglo de trabajos de exégesis bíblica en todos los ámbitos, y ahora que son mejor conocidos y autorizados en la Iglesia tanto el estudio científico de los orígenes cristianos como el de los Concilios cristológicos.

14. En esta experiencia intelectual se injerta otra, que es la principal y la que manda, por decirlo así: el interés, nunca desmentido, de Légaut por la tradición espiritual de su Iglesia, aquélla que se hace “de corazón a corazón” y que busca los “estados interiores” y la conciencia de Jesús. Esto le lleva muy pronto a una lectura de los evangelios crítica y espiritual a la vez, y, enseñada, a la elección de ciertos conceptos que van a permitirle desmarcarse del lenguaje teológico propiamente dicho.

15. Este giro se operó a partir de 1970, cuando publica, en dos tomos, “El cumplimiento humano” (6). En el primer tomo, pone de manifiesto cómo se forja el instrumento de su reflexión alrededor de los temas de la fe y de la fidelidad. En el segundo, despliega los efectos de su método existencial para entrar en la comprensión profunda del cristianismo. Y, “comprendiendo” el cristianismo según esta perspectiva, el autor llama, con sus mejores deseos, a un renacimiento espiritual –y también intelectual– que le parece capital para salvar el porvenir.

A pesar de invencibles dificultades de orden intelectual que el cristiano encuentra en esta afirmación (“Jesús es hijo de Dios”), la comprensión interior de Jesús, que progresivamente adquiere, le obliga inevitablemente a afirmarla. Esta formulación –“filiación divina de Jesús”–, abierta hacia el absoluto, más expresiva e inspirante que descriptiva, le expresa mejor que cualquier otra lo que él presiente de Jesús: la intimidad de Jesús con su Dios, y –confirmación de esto– esa otra intimidad entre él y Jesús en lo más profundamente suyo y que brota de lo absoluto. Esta intimidad le inspira y le ayuda a sostener la conciencia, a la vez viva y frágil, recuperada a menudo aun cuando se desvanece sin cesar, de lo que Dios fue para Jesús, y de lo que Jesús ha llegado a ser para él, creyente. (7)

16. Estas “invencibles dificultades”, que son las que experimentan hoy en día muchos creyentes, proceden de maneras de argumentar y de ejes de reflexión privilegiados por los primeros

(6) El editor Aubier hizo dos tomos con esta obra. Poco seguro del éxito del conjunto, publicó *El hombre en busca de su humanidad*, que era primero, después de *Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo* que, en el original, era segundo.

(7) *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, pág. 122.

siglos cristianos para fundamentar la identidad y el origen de Jesucristo. Su aproximación metafísica –judía o griega– Légaut la deja en manos de los especialistas, para su examen. Estos silencios sobre ciertos aspectos importantes de este patrimonio teológico proceden mucho más de la modestia que de la perplejidad. No siempre, ni mucho menos... Por su parte, Légaut no preconiza –como desde hace algún tiempo lo viene haciendo la teología docta– refundar el discurso cristiano sobre el relato evangélico: ésa ha sido siempre su práctica. No concentra su esfuerzo de reflexión sobre el acontecimiento pascual de la pasión muerte y resurrección de Jesús. Su impulso de fe le lleva con vigor hacia la vida de Jesús, sobre todo hacia aquello que provocó su “fracaso” (8).

17. Con todo el poder de su fe –una fe esclarecida por la crítica y madurada por experiencias humanas fundamentales–, Légaut se pregunta por “lo que Jesús vivió cuando estaba con los suyos”. Según él, es ahí donde hay que reencontrar el fundamento esencial sobre el que realmente descansa todo lo demás. Ese “lo que ... con”, es para él, que no hace teología, el lugar “espiritual” por excelencia, el tesoro escondido del Evangelio. Y es un lugar comunitario, aquél precisamente de donde surgió la génesis y el sentido de la Iglesia. Es también “el lugar pasivo y el centro activo del devenir posible de Dios” (9). Por el momento, dejo a esta cita su carácter enigmático. En este “lugar”, M. Légaut vislumbra, cada vez con más seguridad, ciertas huellas, aunque ínfimas, de trascendencia. Esta trascendencia emerge de tres órdenes diferentes que él no confunde: el del

(8) Ver “El fracaso”, cap. V de *Trabajo de la fe*, y “El conocimiento de la propia muerte”, cap. IV de *El Hombre en busca de su humanidad* (Madrid, AML, 2001), y, además, el cap. V, “El hombre creador”.

(9) Ver, en *Meditación de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, 1989, el cap. sobre “Jesús y Judas”, págs. 248-9.

hombre en relación a sí mismo; el de Jesús en relación a su discípulo, y el que Jesús vive en intimidad con “su” Dios.

18. Esa intuición se convierte en su tema principal: Aproximarse al misterio de Dios, aproximándose al misterio del hombre, a la luz de lo que Jesús vivió. De ahí la importancia que M. Légaut dará a lo que él llamaba “su antropología”, aunque, en su caso, no habría que exigir un sentido especializado a semejante término. Se va convenciendo, cada vez más, de que esta vía del descubrimiento de una “dependencia íntima”, que estructura el “llegar a ser uno mismo”, es la que hay que proponer hoy a los hombres que han perdido el sentido de Dios, y, por tanto, la comprensión profunda del pasado y del porvenir del cristianismo. Aquí abundarían las citas. Destaco una sola:

De la creencia en este Dios todopoderoso cuya existencia no es ya evidente, ¿cómo podríamos pasar a la fe en un Dios presente en lo más íntimo de nosotros mismos, y que, sin ser propiamente causa, actúa no “sobre” sino “en” nuestras acciones más personales? Lo que hoy está en juego es una conversión semejante, incluso para los cristianos. ⁽¹⁰⁾

19. La tercera experiencia capital que querría señalar es la que mejor ayuda a comprender la originalidad característica del pensamiento de M. Légaut. Germinó lentamente, gracias a largos años de “barbecho” intelectual, y encontró tardíamente su expresión. Se trata de su meditación sobre la fe y la fidelidad. Incansablemente, por análisis, por aproximaciones críticas, y, sobre todo, por descripciones espirituales, M. Légaut desmarca la fe y la fidelidad de aquello con lo que generalmente se las

⁽¹⁰⁾ *Un homme de foi et son Église*, París, 1988, pág 16 (ver en *Cuadernos de la diáspora* 4, 1995, pág. 60). Todo el combate cristiano de Légaut —“heredero de una labor inmensa” (ver *Plegarias de hombre*, Madrid, AML, 2002, la plegaria V)— está ahí.

confunde: la creencia y la obediencia. No para oponerlas, como se le reprocha con ligereza, sino para distinguirlas y permitir que aflore lo que tienen de original.

Como cualquier cristiano que relea el libro del Éxodo, Légaut había captado hasta qué punto la experiencia de la fe y de la fidelidad de Israel a su Dios (y su contrario: la infidelidad) había estructurado la identidad de ese pueblo salido de la esclavitud. Según M. Légaut, ya no era posible hacer hoy en día una lectura sacralizada de la historia de un pueblo. Había que reemplazarla por la comprensión profunda de lo esencial que cada uno había vivido personalmente y le quedaba por vivir. Este fue el gran esfuerzo de M. Légaut: descubrirlo para sí mismo y lograr expresarlo para que otros pudieran entrar por ese camino. Vislumbraba toda la importancia de enraizarse en los instintos fundamentales (el amor humano, la paternidad y la filiación) para acceder al orden de la fe y propiciar su movimiento. La vida, tan despojada y tan libre, que llevó en Les Granges, en su tierra montañesa –vida de familia y de trabajo campesino–, le permitió hacer estos descubrimientos. Hay que prestar gran atención a lo que dice para comprender la génesis de su pensamiento sobre la naturaleza propia de la fe, su precio y el de la fidelidad. Estas experiencias, vividas y pensadas en profundidad, permitieron a M. Légaut reabrir el libro sellado de los Evangelios y emprender su relectura con una nueva mirada.

20. Su dialéctica del cumplimiento espiritual del hombre, de “llegar a ser uno mismo a partir de lo que uno no es”, M. Légaut la construirá finalmente en un pequeño libro de los años ochenta, donde realmente da cuerpo (ver el epílogo de ese libro) a su método para “comprender el cristianismo a partir de la propia experiencia” ⁽¹¹⁾. Apropriarse verdaderamente de la ley, de la doc-

⁽¹¹⁾ *Llegar a ser uno mismo*, Valencia, AML, 1993.

trina y del oficio; aproximarse al misterio del otro, entrar en la inteligencia profunda de situaciones y de acontecimientos; reconocer en ellos la huella de una Presencia y de una Acción “que está en mí pero que no es solamente mía”; corresponder a ella. En este camino de “su propia experiencia”, en el que él veía esbozarse el camino que hace veinte siglos había recorrido su Maestro, Légaut avanzó hasta que la muerte, a los noventa años, le introdujo “en la paz del octavo día”...